

Gestionar y organizar el aula

*Rosa Marchena Gómez
Profesora del Departamento de Educación de
la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
mmarchena@dedu.ulpgc.es*

Divulgación

Entrar en un aula con la intención de enseñar a un grupo de alumnos y alumnas no es una tarea fácil. Todos los que lo hacemos a diario sabemos que la clase es un lugar complejo en el que hay que atender a muchas cosas a la vez (explicar, seleccionar ejercicios y materiales, evaluar...) y, en múltiples ocasiones, responder a situaciones inesperadas (una pelea, una pregunta inoportuna, la rotura de un material...). A su vez, las circunstancias nos exige inmediatez en todas nuestras respuestas, de tal forma que vamos dando contestación a todo ese cúmulo de situaciones sin poder, la mayoría de las veces, apenas reflexionar sobre lo que estamos haciendo. Todo esto se complica si tenemos en cuenta que la clase es como una pecera, un escaparate para los que allí estamos. Todo lo que yo haga o le diga a un alumno es público para el resto de los participantes. Una llamada de atención intensa a un chico o chica puede inhibir y generar inseguridad a un compañero tímido que lo observa. Por otro lado, la memoria sobre los acontecimientos que van sucediéndose a lo largo del curso siempre está encendida. Una conducta inadecuada que es castigada por el

profesor al inicio de las clases, si aparece dos meses después en otro compañero, deberá ser amonestada de la misma manera o los alumnos percibirán un clima de injusticia.

A este panorama un tanto enredado, tenemos que añadir una realidad inevitable. Me estoy refiriendo a la amplia diversidad que presenta nuestro alumnado. Pero atención a lo que vamos a decir. De la misma forma que esos rasgos ambientales del aula antes descritos son difícilmente evitables, las diferencias de nuestros estudiantes son igualmente ineludibles y deberíamos percibir las sin que se traduzcan en etiquetas más o menos permanentes, ya que este tipo de etiquetaje es equivocado. Realmente, no solo poseemos una etiqueta, sino muchas. Es injusto que determinados alumnos sean denominados por uno solo de sus rasgos (el torpe, el follonero, el mueble, el sordo...). Estos calificativos absorben y anulan sus otras singularidades y la posibilidad de cambiar y de tener una imagen positiva de sí mismos. Es necesario llegar a ver a nuestros alumnos y alumnas desde las muchas perspectivas existentes y no solo desde la que sale más perjudicado de cara a su participación en el aula.

Todos nosotros deberíamos abogar por una defensa absoluta de la diversidad humana por ser éste el rasgo que mejor define e impregna a todas las personas. Diversidad entre individuos y diversidad incluso desde nosotros mismos a lo largo de nuestra vida. En la medida que se vaya adentrando esta concepción, nuestra inevitable visión de las diferencias no tendrá porqué verse acompañada de rechazo, infravaloración o etiquetaje sesgado.

Pero es obvio que no basta con modificar nuestros pensamientos. Si bien esto es muy importante, la duda de qué podemos hacer para gestionar y organizar esa aula con esos rasgos ambientales tan complejos y ese abanico de diversidad del alumnado, surge de manera inmediata. Una vez un compañero apuntó la siguiente solución: “si yo consigo una empresa con el mismo sueldo y un mes de vacaciones, me voy. Allí si me equivoco sólo aguanto al jefe. Aquí aguanto a 30 alumnos, a la sociedad y a los padres...” No cabe duda que es una opción. Pero realmente pueden existir otras menos derrotistas. Aunque es cierto que ninguna de ellas va a tomar forma de varita mágica solucionadora de todos nuestros problemas.

Reflexionar sobre lo que estamos haciendo día a día, detenernos unos minutos después de que nuestros alumnos han salido y pensar en qué he hecho hoy, qué resultados me ha dado y, sobre todo, qué podría hacer mañana, es una tendencia de actuación que por sí sola nos convierte en unos buenos profesores. Afirmaba Pérez

Gómez (1988) que cuando reflexionamos sobre cuestiones de clase y nos hacemos conscientes de nuestros propios pensamientos, surgen unos análisis que son los que realmente nos llevan a capturar y orientar las acciones adecuadas.

Pero para adoptar ese rol de profesor reflexivo, no basta con que nos preguntemos cómo y por qué lo estamos haciendo nosotros mismos. Es también muy importante hacernos esos cuestionamientos con respecto a los demás. Esto nos lleva a sugerir que nos hagamos más permeables a la idea de que las propias prácticas junto con la de los compañeros constituyen una rica base de conocimientos que nos puede hacer avanzar. No se sabe por qué extraña razón, los profesores consideramos el aula como un jardín prohibido al que no pueden entrar más que nuestros alumnos. Realmente somos de los pocos profesionales que trabajamos sin ser vistos por nuestros compañeros. En la medida que abramos más el aula o multipliquemos más las reuniones de Equipo Educativo y la comunicación profesional en torno a la gestión y organización del aula, notaremos importantes avances que nos harán mejorar.

Responder a esa diversidad inevitable se convierte también en otro factor a tener en cuenta para gestionar la clase. Pero contrariamente a lo que muchos profesores creen, responder a la diversidad desde el aula no debería consistir en planificar medidas diferentes desde el aula o fuera de ésta- atendiendo a los alumnos aisladamente, ya que las dificultades de aprendizaje que presentan nuestros alumnos no suelen

Es necesario llegar a ver a nuestros alumnos y alumnas desde las muchas perspectivas existentes y no solo desde la que sale más perjudicado de cara a su participación en el aula

ser independientes de lo que sucede en una clase. Como diría Ainscow (2001), no podemos interpretar los problemas sin hacer referencia a los contextos en donde éstos se han producido. Tendríamos que erradicar la idea equivocada que considera que para responder a las diferencias de los alumnos se debe trabajar bajo una estrategia individual, de uno en uno, con la creencia de que el fallo está solo en ese alumno y que, por tanto, las medidas que haya que tomar serán aquellas que hagan desaparecer esos rasgos que le impiden progresar.

En la medida que abramos más el aula o multipliquemos más las reuniones de Equipo Educativo y la comunicación profesional en torno a la gestión y organización del aula, notaremos importantes avances que nos harán mejorar

Si determinados alumnos no están entendiendo un problema de Matemáticas, no siempre es debido a que posee unas especiales dificultades para hacerlo y en consecuencia hay que aplicarle unos ejercicios especiales o incorporarlo a esas horas de refuerzo dándoles más tiempo de clase. ¿No deberíamos cuestionarnos el porqué no se aprende en su clase de origen?

Es posible que muchos profesores que estén leyendo esto deduzcan que estamos defendiendo que las dificultades de los alumnos surgen porque los profesores no sabemos dar la clase y los alumnos están en un contexto de aula inadecuado.

Pero no es exactamente ese nuestro planteamiento. Las dificultades para aprender surgen cuando interaccionan DOS factores: el individuo (sus capacidades, actitudes, madurez...) y el contexto (su familia, su clase, sus profesores...) Hasta la fecha, sin mucho éxito, hemos enfatizado solo el primer elemento. Solo hemos actuado sobre el individuo. Pero ¿y el contexto? En referencia al familiar, como docentes, poco podemos intervenir pero, sin embargo, sobre el escolar, sobre la forma de dar las clases, nuestra metodología, nuestras formas de evaluar, de interactuar con ellos ¿no existen puntos de mejora? ¿no tenemos posibilidades de intervenir?

Lo que desde estas páginas estamos defendiendo es que para responder a la diversidad hay que revisar y renovar muchas prácticas educativas y no solo lo que se hace con un chico o chica individualmente. Responder a la diversidad hay que considerarlo como un sinónimo de mejora de la escolaridad, principio que se identifica con la corriente educativa internacional conocida como Educación Inclusiva. Precisamente nuestra recién estrenada LOE nos dice en su artículo 71.3 que la atención integral al alumnado con necesidad específica de apoyo educativo (...) se regirá por los principios de normalización e INCLUSIÓN.

Sostenemos que si no asumimos esta perspectiva y seguimos anclados en el enfoque de intentar dar respuestas individuales, precisaremos, con toda la razón, un personal adicional que nos ayude a hacerlo. Consideraremos pronto que atender

a la diversidad es algo cansado y agotador. Aunque defendamos que en las aulas estén todos los estudiantes independientemente de sus características, pronto nos veremos impotentes en el esfuerzo y anhelaremos la formación de grupos paralelos. Cuando así lo hagamos, continuaremos con las mismas prácticas educativas sin ser conscientes que, por diversas razones, se estarán generando desde ella diversas dificultades en esos nuevos grupos que nos han asignado.

Coincidiendo con la defensa que hacíamos anteriormente del rol reflexivo del profesor, para avanzar en la línea que estamos defendiendo con la finalidad de reconsiderar si desde nuestras prácticas de aula existen aspectos susceptibles de mejora, se hace necesario que, también desde esta perspectiva, los profesores REFLEXIONEN sobre sus intervenciones pues, de lo contrario, no sabríamos qué estrategias y técnicas tendríamos que conservar y cuáles cambiar. Como vemos, es por tanto este principio la reflexión- desde donde debe plantearse la gestión y organización del aula y, en consecuencia, la mejora de las prác-

ticas y la posibilidad de enseñar a un maravilloso grupo de alumnos de gran diversidad.

Aunque también es verdad que la mejora de la enseñanza no es un cambio que podamos hacer de un día para otro. De lo que se trata es de no quedarnos parados, de estar cambiando continuamente en función de lo que reflexionamos y analizamos. Utilizando las palabras de García Pastor (1998), mejorar las prácticas escolares y gestionar adecuadamente el aula debemos considerarlo como un proceso y no un suceso.

Responder a la diversidad hay que considerarlo como un sinónimo de mejora de la escolaridad, principio que se identifica con la corriente educativa internacional conocida como Educación Inclusiva

PARA SABER MÁS:

Ainscow, M. et al (2001): Crear condiciones para la mejora del trabajo en el aula: Manual para la formación del profesorado. Madrid: Narcea

García Pastor, C. (1998): Significado de la autonomía en el desarrollo de la escuela inclusiva. En Actas del V Congreso Interuniversitario de Organización de Instituciones Educativas. Madrid: Depar-

tamentos de Didáctica y Organización de UA, UCM y UNED

Marchena, R. (2005): Mejorar el ambiente en las clases de Educación Secundaria. Málaga: Aljibe

Pérez Gómez, A. (1988): El pensamiento práctico del profesor. Implicaciones en la formación del profesorado. En A. Villar (coord) Perspectivas y problemas de la función docente. Madrid: Narcea